

sino de dos clases de música: la del harpa y, sobre todo, la del cañón.

—Pero, señorita, ¿cómo se las arregla usted para tocar tan apasionadamente?

Una emoción repentina pasó por el rostro de la joven.

—Todo el mundo me dice eso hoy, y no sé qué responder, como no sea que pienso en otra cosa.

Una chispa eléctrica atravesó el alma de Gontrán como un relámpago.

—¡Ella es!

Por fin había encontrado.

— ¡Qué dicha,—pensó,—sí me enamorase seriamente! Me arrancaría vivo á aquella pasión mortal que me clava en brazos de Lucía.

La harpista se había sentado junto á la señorita Staller.

Arrastró un sillón ante su diván; le pareció dulce pasar la última hora en aquella entrevista á solas; porque su hermana era otro él. Como estaba sobreexcitado por todas las fiebres pasadas, fué elocuente, habló de todo con aquella voz acariciadora que en todo pone amor. La señorita de Marcy encontraba que aquella era la verdadera música. El concierto continuaba, pero ella no oía sino la voz de Gontrán Staller.

La señorita Julia de Marcy era una de las cincuenta jóvenes dotadas de oro y de belleza por quienes los muchachos casaderos se lanzaban á todas las *Steeple-chases*. Tocaba el harpa, mas no es éste un pecado capital; podía corregirse de él. Tenía, como hemos dicho, algo de la amazona; pero Gontrán se acordó de la *Caperucita roja*: «—¡Qué largos tenéis los brazos, abuelita! —Es para abrazarte mejor, hijo mío». Aun cuando fuera sentimental, poseía cierta gracia, lo que ponía un

grano de sal en el sentimiento. La verdadera parisiense es así.

Gontrán Staller no se daba cuenta de que pasaba el tiempo. La dueña de la casa fué á decirle que la cena estaba servida y que había de dar el brazo á la señorita de Marcy. Se levantó cual si saliera de un sueño.

—¡Las dos ya!—dijo alguien á su lado.

—¡Las dos!—exclamó á su vez.

En lugar de dar el brazo á la señorita de Marcy, á quien se lo dió fué á su sombrero, y desapareció entre la baraúnda de la marcha hacia el comedor.

La imagen de Lucía se le había aparecido más imperiosa que nunca.

Cuando estuvo en la escalera, pensó que tal vez no la encontraría en casa.

—Si tuviera corazón,—dijo,—volvería allá arriba.

No subió de nuevo, porque tenía demasiado corazón.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

*La señorita Lucía rompe en sollozos*

En la calle de Helder, en casa de la señorita Lucía, todo el mundo estaba durmiendo.

Gontrán llamó tres veces á la puerta principal. Poco faltó para que se rompiera el cuello en la escalera, impaciente por llegar arriba. Llamó otras tres veces en casa de su amante; la doncella, ligerísimamente vestida, abrióle, por fin, la puerta.

—¿Está?—dijo al pasar.

30316

—¡Oh! En verdad, señor, no le sé. ¡La señora ha entrado y salido tantas veces...! Parece, por otra parte, que dan buen vino en Madrid, porque la señora veía doble cuando entró; me dió un luis, diciendo: «—Ahí van dos luises». Díjome también que sus dos amantes iban á batirse en desafío. Y al acostarse ensayaba dos papeles á un tiempo.

Gontrán no escuchaba á la muchacha; estaba ya en la alcoba de la comedianta.

La señorita Lucía dormía profundamente, con cuatro bujías encendidas. Había querido iluminar para su regreso. Para desnudarse es preciso ver. Así es que había una botina sobre la cama, otra sobre el canapé; una liga aquí, una media allá. El vestido, manchado de café, estaba sobre la alfombra. Los cabos se habían tornado golfos. Si se exceptúa esto, en todo reinaba allí el más perfecto orden.

El amante pasó sin respeto por encima de aquel vestido arrugado y manchado.

Se acercó á la cama y miró dormir á la escapada de la orgía.

Estaba medio descubierta, desafiando el invierno bajo una camisa de batista que hubiera pasado por cualquiera de las sortijas que tenía en los dedos.

Vivía en el lujo desenfrenado del dinero contante; deudas por todas partes, ninguna ropa blanca en los armarios, pero caballos en sus cuadras, cubiertos con su inicial, vestidos de todos los colores, sin contar con que hubiera podido vestirse con facturas por pagar. En una palabra: aquel bello desorden que es la ruina en la abundancia.

La alcoba estaba tapizada de damasco azul, con cortinas azules y un cielo azul en que Ziem había pintado una golondrina para que en la casa reinara la buena

suerte. La cama también era azul; todo era azul en casa de Lucía; el azul es el país de los ángeles; Lucía era un ángel.

Un ángel, pero un ángel de Dios, parecía velar por aquella perdida; era un retrato de Colomba, la hermana de la comedianta. Aun cuando ésta se burlase de su hermana, la respetaba y la miraba como un talismán. El oro es la fuerza bruta; la virtud es la fuerza divina.

Gontrán se inclinó para abrazar á Lucía; la joven entreabrió sus azules ojos, y, con el aire más azul del mundo, le dijo:

—¡Ah, eres tú!

—¿Creías que era otro?

La comedianta pasóse la mano por la frente, como para reunir sus recuerdos.

—¿Otro? ¡Bueno estás tú! Duerme sobre una mesa en la Casa de Oro, entre una botella de aguardiente y otra de champañ; pero tranquilízate: las dos están vacías; así es que tu duelo no me inquieta.

Gontrán sentóse en el lecho y tomó la mano de su querida.

—Durante el desafío, ¿no será por él por quien enciendas un cirio?

—¡Por él! ¡Si no lo conozco!

Gontrán aventuró esta pregunta de un corazón enfermo:

—¿Por qué le has conocido?

—¿Por qué? ¿Me vas á pasar cuentas?

—¡Calla!—exclamó el amante con ira.—¡Es decir que á la hora misma en que pierdo doscientos cincuenta mil francos, tú te echas en brazos de otro para equilibrar tu libro de entradas!

—No había pensado en eso,—dijo Lucía con senci-

llez.—Mejor dicho, me pareció que no era aquél el momento más propicio para hablarte de dinero.

—Me inspiras lástima, porque si supieras lo que dices te rompería la cabeza. ¡Cómo! ¡En el momento en que soy víctima de aquel desastre del juego, en el momento en que busco un corazón que me consuele me das una puñalada para rematarme!

—¿Has venido á ponerme triste?

—No, he venido porque te amo.

—¿Y acaso no te amo yo?

—¿Te atreves á decir eso, después de toda una noche de traiciones?

—¿Es una dueña, en esas fiestas nocturnas, de sí misma?

—Cuando se es dueña de los demás.

—¿Me viniste á despertar para echarme flores? Deberías saber que mañana trabajo en un estreno.

—¿No sabes tú que mañana tengo un desafío? Vine sólo por eso.

—No te comprendo.

—¡Cómo! ¿No comprendes que he venido á despedirme de ti?

La comediante salió de su sopor. Su amante podía ser muerto; se incorporó para abrazarle.

—¡No quiero que te batas!

—De sobra sabes que la cosa no puede arreglarse de otro modo.

—¿Por qué fuiste á buscarme á Madrid con aquellas dos muchachas?

—Con dos muchachas á las que no conozco. Bien sabes que si fui á Madrid lo hice para arrancarte de tu infamia.

Y Gontrán Staller soltó sobre la almohada á la señorita Lucía.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO TERÁN"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Debiste empezar por decirme que necesitabas una Lucrecia. No eras tan dramático cuando se la pegaba contigo al duque de Montefalcone.

Gontrán descendía más cada vez en su dolor. No se atrevía á interrogar á Lucía, pero quería saber qué había pasado después de la escena del ramillete.

—¿Cómo—la dijo,—no abandonaste á aquel hombre después de yo insultarle?

—Porque no merecía una bofetada por haberme ofrecido su corazón.

—¡Su corazón! Su bolsa, querrás decir.

—¿Te gustaría que fuese asunto de corazón y no de dinero?

—¡Calla! Lo que buscabas era placer, porque no me harías creer que hacías cálculos interesados en aquel baile. Me engañaste por costumbre y por no estar ociosa. Había perdido, no era útil para nada, y te dejabas caer en brazos del primero que te lo pidió. ¡Qué infamia!

—Querido, todo eso es del repertorio del Ambigú: yo trabajo en los Bufos Parisienses; si quieres continuar representando los papeles de Castellano, vete con ellos á otra parte.

El infeliz no estaba aún bastante informado. Aunque le avergonzara su vileza, no la podía vencer.

—¡Cómo!—le dijo.—¿Habéis pasado la noche en Madrid representando el perfecto amor?

Gontrán subrayó dolorosamente las palabras, «perfecto amor».

—¿Quién te ha dicho eso? Regresamos á París.

—¿A qué sitio de París?

—Nada te importa eso.

Gontrán alzó la cabeza con alguna dignidad.

—¡Me inspiras horror!—gritó á Lucía.—Si ese hom-

bre ha estado en tu casa, no volveré á venir á verte.

¿Fué aquello una argucia de comedianta ó un grito de arrepentimiento? La señorita Lucía rompió en sollozos y mostró á su amante el demasiado famoso ramillete que acababa de dejar sobre la cama.

No estaba allí, ciertamente, por casualidad. Pero sin duda Gontrán Staller se figuró que la joven había querido tenerle cerca mientras dormía, porque volvió á ella y le dijo, ya en dulce tono:

—¿Luego me amas aún?

—¡Que si te amo!

La comedianta, toda despeinada, se levantó como una loca y corrió á cerrar con un cerrojo su aposento.

*Honni soit qui mal y pense*, porque la señorita Lucía acababa de recordar que el extranjero debía pasar á despedirse de ella antes del duelo.

Aunque muy feliz fuera viéndose encerrado con Lucía, Gontrán tuvo un vago deseo de marcharse. Era que su alma volvía á abrir las alas. Veía dibujarse, ante la mesa de la condesa de Lannoy, los adorados rostros de su hermana y de su madre. La misma señorita de Marcy marcaba en su cerebro su bella y sonriente expresión de juventud y de virtud.

En toda acción de la vida, así el cuerpo como el alma tienen sus combates. Somos como aquel viajero de los cuentos alemanes, que tiene, para arrastrar su coche, el caballo negro de un demonio y el caballo blanco de un ángel; nunca puede hacerles andar al mismo paso: cuando el uno acorta éste, el otro quiere correr, hasta que el caballo del diablo arrastra al viajero á un precipicio: la boca del infierno ó el corazón de una mujer.

La señorita Lucía era un lindo precipicio, con sus grandes ojos profundos como el mar, sus rebeldes cabellos y su sonrisa lasciva. Tenía dentro el demonio;

según la expresión consagrada hoy, los lexicógrafos dirían: «Tiene algo del perro». Era alternativamente risueña, seriecilla, colérica, pero coqueta siempre; quería que todos la amasen; así es que era coqueta hasta la crueldad. Su voluptuosidad suprema era ver llorar. Hería los corazones con un dulce estremecimiento, como celoso que da una puñalada. Al herir, le parecía que hería siempre á un enemigo.

Es que Lucía había comenzado por la humillación y el amor vendido.

De tarde en tarde veía á Eugenio Deschamps. Le daba la mano con aire natural; pero palidecía y sus piernas temblaban al recordar el tiempo pasado.

## VIII

### *La lluvia de oro.*

Al amanecer, Gontrán se despidió de Lucía.

—No te dejes matar; me moriría yo de pena.

—¡Júrame que si muero no volverás á ver á ese extranjero á quien he abofeteado!

—Si tú mueres, me haré enterrar contigo.

Gontrán, enternecido por estas palabras, ó por el peligro que corría, tuvo una expansión de sentimiento.

—Mira,—le dijo;—moriré satisfecho, porque te he encontrado de nuevo tal como te amaba. Piensa un poco en mi pena de ayer. Después de aquel juego absurdo, venía á decirte cuán bueno es mi padre, venía á fundir mi corazón en el tuyo, y no te encontré.

—Es que tenía pena. ¿Qué quieres? Cuando me dan